

CAPITULO XXXIII.

Diversas comunicaciones del general Filisola para contener los progresos de los revolucionarios, y volverlos al orden.—Revolucion de los sargentos de la guarnicion contra sus gefes y oficiales.—Pacificacion de Monterey y regreso del general Filisola.—Su grave enfermedad.—Preparativos de defensa en dicha ciudad contra los sublevados.

Como ya lo habrá prevenido el lector, nada tenia mas agitado al general Filisola, que el deseo de salir cuanto antes de la violenta situacion en que lo habian colocado los acontecimientos que acababan de pasar á su derredor. Y al efecto, uno de sus primeros proyectos fué anticiparse á la llegada de Cortina á la ciudad de Matamoros, para ponerla en defensa, y oponerse á los progresos de los revolucionarios, que en su concepto no solamente amenazaban la tranquilidad y el orden de la referida poblacion, sino que tambien debian seguir invadiendo la del Saltillo, y

cuantas se hallaban en la comprension de la comandancia general de los Estados de Oriente; pero no permitiéndole aun su salud ponerlo en ejecucion tan pronto como lo necesitaba, aguardaba ansiosamente lograr un momento de alivio para emprender el movimiento que le estaba demarcando la situacion y las determinaciones de los pronunciados.

Entregado á estas ideas fué despertado á las doce de la noche del dia 1º de Julio por el capitán de caballería D. Juan Cuevas, su ayudante, que se le presentaba á aquella hora para entregarle un oficio del ministro de la guerra, en el que le participaba que el presidente D. Antonio Lopez de Santa-Anna se habia podido librar del arresto en que lo tenian los generales Arista y Durán, y fugarse para Puebla; y aprovechándose de esta circunstancia tan imprevista como plausible, le pareció conveniente trasmitirla sin demora de un solo momento al general D. Lino José Alcorta, porque se hacia creer en aquellos dias á la guarnicion, como de cosa cierta, que el general Santa-Anna era el que dirigia los movimientos revolucionarios, y que el tal arresto y demas que se habia hecho con su persona, solo tenia por objeto salvar las apariencias; y con la publicidad de aquel documento esperaba el general sacar una gran ventaja para despreocupar á muchos de los pronunciados, que de buena fé habian creido las especies que les indujeron para seducirlos. Mas como la hora era demasiado avanzada para un enfermo como, lo estaba el general, no tuvo por conveniente Alcorta pasar á verlo en el acto que recibió el pliego cita

do, y mandó decirle que le esperase para el día siguiente.

En efecto, así lo hizo, y lo primero que indicó al general, fué cuán dudosa le parecía la certidumbre del acontecimiento á que se refería la citada comunicacion; pero el general se empeñó en disuadirlo, y despues de haberlo logrado, siguió haciendo valer el afecto y ascendiente que tenía sobre el coronel, hasta decidirlo á acometer por su parte la oportuna y noble empresa de volver al órden á los pronunciados, desengañándolos de la libertad del presidente Santa-Anna, y su oposicion á las ideas de los revolucionarios. Y aunque Alcorta reponia que no se creía tan favorecido de las circunstancias, que pudiese prometerse un éxito tan afortunado como era de desear, porque los gefes y las tropas estaban entusiasmados, al grado de no solo creerse capaces de dar impulso al movimiento en general de los revolucionarios, sino que pudieran cooperar principalmente á su triunfo; el general no obstante le observó que aquello era una locura, pues que el movimiento de Piedras seria contrariado por el general D. Estévan Moctezuma, que ya estaba en marcha de San Luis para Victoria con una division respetable; y el de Cortina lo seria igualmente por el coronel Ugartechea, comandante principal de Nuevo-Leon, que habia puesto sobre las armas la milicia activa de aquel Estado; y que los pronunciados de Matamoros serian reducidos al órden allí mismo por las fuerzas de los Estados de Tamaulipas y Nuevo-Leon; que nada podia impedirles, despues de batir y sujetar las secciones de Piedras y Corti-

na, marchasen sobre aquel puerto concéntricamente, mientras de que las tres secciones referidas no podian ponerse á cubierto de todo aquel número, porque se hallaban á ochenta leguas distantes unas de otras, y cada cual de por sí eran respectivamente muy inferiores á las del gobierno, y no tenían tiempo ni recursos para poderse concentrar oportunamente en parte alguna.

Estas observaciones, en fin, acabaron de convencer á Alcorta, y en consecuencia, ofreció al general comenzar á trabajar, aunque con la prudencia que requería el caso, para penetrar el ánimo de los gefes y oficiales influentes, así como el de la tropa, para inclinarlos á la reaccion. Y con este mismo fin quedó decidido en aquella sesion amigable, que el general, por conducto del coronel Guerra, pediría un pasaporte para Monterey, para prevenir en aquella ciudad la llegada de Cortina, y evitar su ocupacion, como ya se deja dicho que lo meditaba el general.

Pocos momentos despues, quiso la casualidad que se presentase el coronel Guerra en el alojamiento del general, y aprovechando éste la oportunidad, le manifestó vivamente cuán interesado estaba en trasladarse de aquella ciudad á la de Monterey, para restablecer su salud; y que al efecto, le suplicaba que le consiguiese el pasaporte correspondiente del gefe de los pronunciados; y aunque el coronel se escusaba con el poco prestigio que decia tener para con los gefes de la guarnicion, y menos con el general Alcorta, para poderle conseguir el permiso que deseaba el general, á nuevas instancias de éste

convino en que pediria el pasaporte Mas como solo se deseaba un mediador, como se habia convenido, para que Alcorta quedase á cubierto de las sospechas de los pronunciados, el pasaporte fué espedido el mismo dia; y en consecuencia, el general Filisola emprendió su marcha el dia 3 del referido Julio para el rancho de Guadalupe, tres leguas distante sobre el camino de Reinos, y en cuyo rancho hizo noche, acompañado ya de su secretario el teniente coronel D. Vicente Luna, y los napolitanos D. Luis Pierro y D. Vicente Constanza. Pero antes de ponerse en marcha, habia concertado con el general Alcorta, y éste con el coronel D. Manuel de Andrade, coronel Stáboli, tenientes coroneles D. Constantino Ternova y D. Luciano Muñoz, el ayudante inspector D. José Juan Sanchez, los capitanes D. Manuel Sabariego y D. Juan Cuevas, otros subalternos y el empleado D. Andrés Zenteno, que luego que se hallase Filisola algunas jornadas avanzadas para Monterey, se intentaria el despronunciamiento de aquella guarnicion, poniéndose tambien todos los últimamente referidos previamente de acuerdo con varios particulares influentes de la poblacion, que se hallaban dispuestos á coadyuvar; para que aquel movimiento no quedase sin resultado, y pudiese dar el que se deseaba.

Asimismo es de mencionarse, que tambien llevaba presente el general, que con la seccion de Piedras habian marchado el capitán Sanz, el teniente Miracle, y otros subalternos tambien dispuestos á reunirse con sus piquetes de tropas á las primeras que encontrasen del supremo go-

bierno, de modo que toda esta combinacion hacia esperar que la vuelta al órden de las fuerzas pronunciadas se verificaria muy pronto, y tal vez sin desgracias algunas.

Consolado con estas ideas, aliviaba el general las penas de su situacion la noche que pasó en Guadalupe; pero habiendo visto desde allí, como á las dos de la mañana, atravesar una partida de caballería por el camino que va por el rancho de Santo Domingo, de Matamoras á Monterey, y temiendo que fuese en busca de él, por haberse descubierto ó malogrado las combinaciones de Alcorta y compañeros, á pesar de lo malo que se hallaba, á aquella misma hora salió de allí para Reinos. La gravedad de su enfermedad lo obligó á quedarse en el rancho de la Mesa, de donde regresó D. Vicente Constanza á Matamoras por remedios, alcanzándole la noche del dia siguiente en Reinos, adonde apenas habia podido llegar el general aquel dia; y allí le informó de que en Matamoras habia sabido que la noche del dia 3 al 4 del citado mes, Alcorta habia intentado hacer despronunciar á la guarnicion; y para esto habia reunido una junta de todos los gefes y oficiales de ella, los cuales, despues de haber oido todo lo que Alcorta tuvo por conveniente esponerles, se mostraron tan convencidos y deferentes á sus ideas, que ofrecieron secundarlas, influyendo con la tropa para que volvieran á la obediencia del supremo gobierno y demas autoridades constitucionales.

Pero luego que salieron de la junta, varios de estos mismos oficiales se dirigieron á los diversos cuarteles en que se hallaba distribuida la

tropa, para denunciarle las ideas vertidas por el general Alcorta, y las de Andrade, Stáboli y otros gefes que habian demostrado mas decision por la retractacion ó despronunciamiento; y de estos manejos resultó, que tocando al último estremo la insubordinacion de aquellos militares, se determinaron los sargentos de las compañías á mandar tomar las armas, y que un piquete del núm. 7 de infantería, al cargo tambien de un sargento, se dirigiera á la casa de Alcorta, con el objeto de prenderlo y fusilarlo, lo mismo que se habian propuesto hacer con D. José María Giron y otros varios particulares, de quienes se habian sospechado serles contrarios: lo que sin duda se hubiera verificado sin los buenos oficios que interpuso para evitar tales atentados el coronel Guerra, que al mismo tiempo que procuró persuadirlos y tranquilizarlos, mandó avisar á los amenazados para que se pusieran en salvo, como lo hicieron, unos escondiéndose, y otros salvándose con la huida, siendo tambien de éstos el general D. Manuel de Andrade y D. Andrés Zenteno, que se embarcaron para Veracruz; y últimamente, como los amotinados eran dirigidos por inspiraciones muy superiores á las que podian tener por sí mismos, tambien tuvieron presente despachar una partida en persecucion del general Filisola, y ésta fué la misma que se vió pasar por el rancho de Guadalupe la mañana del dia antes, y que no habiendo acertado á dar con el general, se habia marchado de largo para el de Santo Domingo.

El general Filisola, que nunca tuvo motivos de dudar de la exactitud de las noticias que aca-

baba de darle Constanza, y que despues se le confirmaron de una manera mucho mas solemne, conoció inmediatamente toda la importancia que debia darles, y que en consecuencia no le quedaba tiempo alguno para acudir á tal situacion; y como sabia que el coronel Cortina se hallaba en la villa de Camargo, tomó el camino del Paso del Zacate, para evitar un encuentro y para ver si podia llegar antes que él. Así es que se decidió á salir á Monterey, de Reinosá, á las doce de la noche del 5 al 6; y aunque el estado de su salud era cada dia mas deplorable, pudo llegar con todos los que lo acompañaban, en el término de quince horas de camino, al rancho de la Noria, desde donde escribió al gobernador de Nuevo-Leon, D. Manuel María del Llano, y al comandante principal D. Domingo de Ugartechea, avisándoles de su marcha, y escitándolos á conservar el orden constitucional en aquella ciudad y Estado.

Estas comunicaciones llegaron tan oportunamente, cuanto que ya el gobernador Llano se disponia á salirse de la ciudad, y por otra parte, un destacamento de caballería que habia mandado Ugartechea á reconocer las inmediaciones de Mier y Serralvo, se acababa de reunir á la seccion de Cortina; y alentadas ambas autoridades con el recibo de dichos pliegos, mandaron repicar, tirar cohetes, &c.: y como los revoltosos ignoraban á qué distancia se hallaba el general Filisola, y si llevaba ó no fuerzas suficientes para combatirlos, vinieron á intimidarse y á dar lugar á que Ugartechea diese un golpe de energía y presencia de ánimo, que siempre le haré

honor. Tal fué el siguiente: púsose al frente de un corto número de soldados fieles, y dirigiéndose inmediatamente al cuartel, puso en la cárcel á los amotinados, y con esto solo bastó para restablecer el orden y la confianza en la ciudad, y para que entre tanto el gobernador tuviese tiempo de poner ochenta cívicos de infantería sobre las armas, para asegurar la poblacion de todo nuevo insulto.

En seguida dispusieron mandar un piquete de tropa á Filisola, para que lo escoltase é hiciese el camino que le quedaba con mayor seguridad y decoro. Este general continuó su marcha el dia 7, aun mas agravado de sus males que los dias anteriores, é hizo noche en el rancho del Zacate. Allí supo que Cortina con su seccion habia marchado el dia antes, de Camargo para Mier, y entonces ya no dudó que lo podia prevenir en Monterey. En este concepto, fué á pasar la noche del dia 8 al rancho de la Manteca, por no haberle permitido la gravedad de su enfermedad pasar de allí; pero el 9, en marcha para el Capadero, encontró el correo que le llevaba las contestaciones del gobernador Llano y del comandante Ugartechea; en las que le referian las ocurrencias habidas en Monterey, y se felicitaban por su próxima llegada á esta ciudad; y cuando llegó al Capadero, donde fué á pasar la noche, se le presentó la escolta que se le mandaba de Monterey á las órdenes del capitán de presidiales D. Anastasio de Ugartechea.

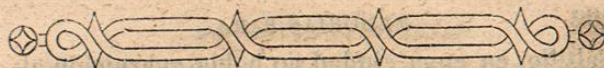
Ya muy avanzada la noche del dia citado, recibió igualmente una segunda comunicacion del gobernador Llano, en que le decia que el alcalde

primero de *Marin* le avisaba con aquella misma fecha, desde dicha villa, que iban á llegar allí de un momento á otro las tropas pronunciadas que mandaba el coronel Cortina, las que el dia siguiente, 10, debian marchar por *Cadereita Jimenez*, á Monterey; y que le daba aquel aviso con el objeto de escitarlo á que violentara su marcha y evitase caer en manos de los facciosos.—En tal virtud, Filisola, á pesar de sus males, continuó el dia siguiente, 10, á Cadereita, donde llegó como á las nueve de la noche muy agravado; pero siempre cuidó de avisar inmediatamente de todo á Llano y á Ugartechea, para que les sirviese de gobierno; y la madrugada del 11 continuó su marcha para Monterey, adonde arribó á las doce del dia, habiendo sido recibido con todas las formalidades de Ordenanza por las tropas y cívicos que allí habia sobre las armas, y con la mayor cordialidad por el gobernador Llano, comandante principal Ugartechea y demas autoridades constituidas.

El estado de la salud del general era tan fatal en aquellos momentos, que al abrazarlo Llano le dijo con su genial jovialidad: “Hombre, vd. en lugar de venirnos á defender, viene mas bien á que lo cuiden; pero no importa, su nombre de vd. y su prestigio nos valdrá mas que cualquier número de tropa que trajese consigo.” Le destinaron sin pérdida de momento á la casa del honrado y apreciable Lic. Guimbarda, en la que se le prodigaron toda clase de obsequios y cuidados, merced á los cuales, ya pudo tomar sin pérdida de momento las disposiciones necesarias para poner en estado de defensa las princi-

pales calles de la ciudad, en las que se construyeron cortaduras y parapetos, lo mismo que en las azoteas de los cuarteles y algunas casas principales que parecian á propósito.

En estos trabajos se demostraron incansables el comandante principal Ugartechea y el secretario de Filisola, teniente coronel D. Vicente Luna; pues él se vino á poner tan incapaz de moverse, que se le trasportó á la casa del Illmo. Sr. Obispo Belaunzarán, en la que se le sacramentó y oleó por el mismo Illmo. Sr., porque se creyó no duraria la existencia del general arriba de tres dias; sin embargo, fuese por los auxilios que se le prestaron, ó por la variacion de temperamento, la enfermedad hizo crisis, y á los pocos dias ya no se dudó de su restablecimiento.



CAPITULO XXXIV.

Indecisiones del coronel Cortina.—*El cólera-morbus*.—Comunicacion del general Filisola al coronel Cortina para volverlo al órden.—Sus efectos satisfactorios.—Marcha del coronel Piedras para Ciudad Victoria.—Encuentro en el paso viejo del rio *del Pilon*, con las tropas del general Fernandez.—Rendicion del coronel Piedras.—Seccion del coronel Praga, su conducta, y acta en que se somete al supremo gobierno.—Poco crédito que se le dió.—Tropelias del general Moctezuma.—Su arribo á Cadereita.—Desarme de las tropas del general Filisola.

Todo esto pasaba mientras que el coronel Cortina, lleno de dudas y confusiones sobre lo que deberia hacer, luego que supo el ingreso de Filisola á Monterey, no se determinaba á marchar sobre aquella ciudad; ni tampoco, como podia haberlo verificado, por Revilla, á Laredo (cuya compañía, que mandaba el capitán La Fuente, se le habia adherido, lo mismo que las de Rio-Grande y Monclova), donde hubieran podido reunirse todos los pronunciados y marchar sobre el